

Isabelle Stengers

REACTIVAR EL SENTIDO COMÚN

WHITEHEAD EN TIEMPOS DE DEBACLE Y
NEGACIONISMO



Título original en francés:
Réactiver le sens commun
© Éditions La Découverte, París, 2020

© De la traducción: Diego Milos

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano en territorio español

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: febrero, 2022
Segunda edición: enero, 2026

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 979-13-87967-13-0
Depósito legal: B 23786-2025

Impreso en Ulzama

Impreso en España
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

Índice

<i>Prólogo</i>	11
 <i>Capítulo 1.</i>	
<i>La cuestión del sentido común</i>	13
¿La filosofía frente a la ignorancia?	13
La derrota del sentido común	19
Poner en problema la abstracción	28
¿Civilizar la modernidad?	37
 <i>Capítulo 2.</i>	
<i>El influjo de la bifurcación</i>	47
Hacer bifurcar la naturaleza	47
Atención con la jugada del mal	55
La importancia de los hechos	61
El arte de las convenciones	69
 <i>Capítulo 3.</i>	
<i>Crear una coherencia</i>	79
Necesitamos comprender	79
Osar la especulación	84
Sociedades whiteheadianas	94
¿Heredar de Whitehead?	105

<i>Capítulo 4.</i>	
<i>¿Qué puede una sociedad?</i>	119
Pensar por el medio	119
Encontrar más	128
Cuidar las analogías	140
Los vivientes y la vida	151

<i>Capítulo 5.</i>	
<i>Un universo metamórfico</i>	161
Soldar la imaginación y el sentido común	161
Elogio de la voz media	173
Afectos tentaculares	184
Vivir en las ruinas	196

Para Fleur Courtois-l'Heureux, Didier Debaise, Didier Demorcy,
Vinciane Despret, David Jamar, que tengo la suerte de tener de
amigos/as, fuentes de ideas y de inspiración, lectores exigentes.

Para el GECó, donde se cultiva la alegría de pensar,
aun en tiempos de debacle.

Prólogo

UN LIBRO ES como una botella lanzada al mar. No debiera una volver a apropiárselo y trabajarlo después de su publicación. No se debiera volver a abrir la faena. Pero es lo que he intentado aquí. *Reactivar el sentido común* no es una versión enriquecida o actualizada de *Whitehead et les ruminations du sens commun* (*Whitehead y las rumias del sentido común*), publicado en 2017 por Les presses du réel. Es una versión que llamaría «rearticulada», de regreso a mis manos sin la excusa de nuevos elementos que justifiquen una revisión. No reniego de la primera versión, pero me hizo sentir que habría podido, o debido, ser hecha de otra manera, y fue ese el llamado que respondí.

Si tenté este ejercicio fue entonces porque algo como un lamento procedente de la botella lanzada a su destino me puso otra vez a trabajar. Algunos pasajes del libro se sentían incómodos donde estaban situados y temían que el lector, al no ver qué hacían allí, se los saltara y siguiera adelante. Hasta Whitehead se preguntaba qué era lo que le buscaba, por qué lo arrastraba yo sobre terrenos que él nunca había frecuentado. Esos diversos lamentos encontraron un poderoso intérprete en Bruno Latour, quien me reprochó haberme dejado llevar escribiendo de manera soñadora para los amigos, para aquellos y aquellas que, indulgentes, sonríen, comprenden y perdonan. No es que haya que escribir para los enemigos o para los indiferentes, hay que «escribir», es decir agenciar algo que tenga su propia manera de sostenerse, su propia voz. No la voz del autor, una voz generada por aquello que el texto, al escribirse, ha hecho al autor.

Sabía que una parte importante del texto «se sostenía» de ese modo, pero otras partes no, y lo hacían cojear. Traducían ya sea el influjo del proyecto sobre el proceso de escritura —yo quiero hacer este desarrollo y lo quiero «allí»—, ya sea una perspectiva nacida de la escritura, pero que yo había rechazado aceptar que exigía de mí irrigar lo ya escrito. Bruno Latour tenía razón: escribir para los amigos es contar con su indulgencia, y eso significa ante todo que se ha sido indulgente con una misma. O bien demasiado inquieta, demasiado preocupada por el cambio de posición que se me pedía: ya no «pensar con Whitehead», como había intentado antes, sino hacer la apuesta de compartir la manera en que Whitehead puede permitir —me permitió— aprehender nuestra época, que él no conoció, en algunos de sus aspectos. Es decir, y ahí está lo inquietante, compartir también esta aprehensión en sí misma, en su carácter intrínsecamente parcelado y parcial.

Rearticular, vale decir darle a los temas que sentía mal abordados una nueva vecindad, y percibir la manera en que esa vecindad reclamaba entonces ser modificada, lo que significaba pasar por alto esa inquietud, dejársela a quien la escribió y hacer acto de lealtad hacia lo que fue escrito. Es por ello que, con una sola excepción, no agregué temas nuevos, recompuse el «mismo» libro pero de otra manera.

Por supuesto, esto no habría sido posible si dos casas editoriales no hubieran aceptado acompañarme en esta reanudación muy poco conforme a las costumbres. Agradezco a Les presses du réel por haber cedido los derechos de la versión original de este libro y a La Découverte por haber recibido esta versión rearticulada.

CAPÍTULO 1

La cuestión del sentido común

¿La filosofía frente a la ignorancia?

LOS CIUDADANOS DE Atenas no sabían que Sócrates los presentaría como aquello que por contraste permitiría justificar esa extraña aventura desde entonces llamada filosofía. Yo misma quedé sorprendida al ver que el filósofo radicalmente atípico Alfred North Whitehead hacía suya esa cita formidablemente típica sobre los orígenes:

«Sócrates pasó su vida analizando las presuposiciones corrientes del mundo de Atenas. Reconoció explícitamente que su filosofía era una actitud frente a la ignorancia».^{1, 2}

Decidí darle a la sorpresa el poder de ponerme a trabajar. No es que sea una cita en sí misma notable, hay muchas así en los textos de Whitehead, y corresponde a cada lectura decidirse ante sus palabras, ya sea para desestimarlas, sonreír y pasar a la frase siguiente o bien para detenerse y dejarse intrigar.

Al inicio, cuando imaginaba a los ciudadanos de Atenas tomados de sorpresa por las extrañas preguntas de Sócrates, no pude evitar pensar en esos afiches que vi una vez en un pasillo del edificio de la Comisión Europea, donde se reunían los funcionarios encargados de

¹ Alfred North Whitehead, *Modes de pensée* (en adelante MP), Vrin, París, 2004, p. 191 (ingl. pp. 173-174, *Modes of Thought*, The Free Press, Nueva York, 1966 [1938]).

² N. del T.: Todas las citas han sido traducidas desde el francés. Para las de Whitehead, hemos agregado en las notas entre paréntesis el número de página de las versiones en español (esp.) o inglés (ingl.) para facilitar la confrontación con otras traducciones de la obra whiteheadiana o con la versión original.

los asuntos de «ciencia y sociedad». Esos afiches reproducían los resultados de encuestas de opinión sobre lo que piensan de «la ciencia» los ciudadanos europeos y que, por la absurdidad de las opiniones vertidas, parecían estar allí para recordarles la actitud que conviene tener cuando hay que tratar con un rebaño de inveterados ignorantes, a los cuales hay que hacer como si se los respetara, pero que ante todo hay que gestionar (por su propio bien, desde luego).

Los encuestadores, es sabido, cuentan con el hecho de que lo que llaman amablemente el «ciudadano promedio» acepta responder preguntas por las cuales no ha tenido la oportunidad de interesarse y no se pregunta a qué juego se lo está haciendo jugar. La actividad de los encuestadores depende de la debilidad de los otros para entraparlos inescrupulosamente, lo que hace de ellos unos simples estafadores. Sócrates, por supuesto, no era un estafador. Él se esforzaba en convencer a los ciudadanos que interpelaba de la ignorancia que atestiguaban sus respuestas. Era otra actitud. «Una actitud», escribe Whitehead, y es ese término el que aquí adquiere importancia. La de Sócrates es en sí misma un tema filosófico: hay varios Sócrates posibles, varias lecturas de su «actitud frente la ignorancia», y, por tanto, varias figuras para los comienzos de la filosofía. Está el Sócrates maestro de las aporías, que pretende no tener ninguna respuesta, que solo busca hacer confrontar a sus interlocutores con la dificultad, tal vez insuperable, de formular una respuesta. Es el que se sabe ignorante. Luego está el Sócrates maestro de Platón, para quien la aporía es una forma de propedéutica que prepara a los ciudadanos a acoger un saber que trasciende las respuestas divergentes que proponen. Es el inventor de la filosofía como pacificadora de las discordias, la que da a la ciudad su orientación hacia el bien, lo justo y lo bello verdaderos, más allá de las ilusiones. Y, por fin, está el Sócrates condenado por ser el envenenador de la paz pública, al infundir la duda. Condena que tal vez habría ratificado Wittgenstein, el anti-Sócrates que pasó su vida interpelando, no a los ciudadanos ordinarios, sino a sus colegas filósofos, acusados de propagar la enfermedad de los falsos problemas.

Puede haber varios Sócrates posibles, pero él se dirige siempre a ciudadanos «ignorantes» que, solicitados a definir lo verdadero, lo justo o el coraje, proponen casos, muestras que producen definiciones divergentes, como es fácil demostrar. Sócrates, «el que sabe que

no sabe», los despierta como un pez torpedo e intenta compartir con ellos su único privilegio. Y se puede decir también que los pasma, los deja estúpidos, convencidos de su incapacidad de saber lo que dicen y dispuestos a entregarse al filósofo que los va a guiar, y que los confronta a un desafío que también es una trampa. Las palabras no «quieren decir nada» independientemente de su uso, el cual refiere siempre a un juego de lenguaje particular. Los ciudadanos de Atenas no eran ignorantes. Sabían todo lo que tenían que saber.

¿Cuál sería la actitud de Whitehead en las calles de Atenas? En *Modos de pensamiento*, hace el elogio de la práctica de «ensamblaje», retomada una y otra vez de época en época, a la cual asocia lo que es propio de la filosofía: «No puede excluir nada».³ Esto cambia bastante las cosas. Ninguna de las diferentes respuestas que recoja la filosofía, por divergentes o parciales que sean, será descalificada ni reducida a testimonio de la ignorancia del interlocutor. Todas forman parte de un ensamblaje que pone al filósofo a trabajar y que tiene el carácter de lo *problemático*: no un problema a resolver, en el que una eventual buena respuesta se impondría frente a las demás, sino un paisaje que puede ser compartido bajo el signo de una perplejidad activada por el filósofo. Si Sócrates no se hubiera puesto en el lugar del árbitro, que juzga y excluye, tal vez podría haber hecho de la divergencia que revelaban sus solicitudes de definición un asunto de preocupación colectiva y haber acogido la perplejidad que suscitó no como un síntoma, sino como una cuestión compartida con lo que Whitehead llama el «sentido común».

«El sentido común, que rumia [*brooding over*] los aspectos de la existencia, (los) pone en manos de la filosofía para que los elucide dándoles una comprensión coherente».⁴

Tenemos aquí una figura de la ignorancia muy diferente. Los ciudadanos «despertados» por Sócrates no han abandonado, como si no tuvieran valor, sus primeras proposiciones. La interpelación de Sócrates los habría tomado de sorpresa. Sabrían que se dejaran

³ MP, p. 26. (esp., p. 11, *Modos de pensamiento*, Losada, Buenos Aires, 1944 [1938], traducción de Joaquín Xirau).

⁴ MP, p. 72 (esp., p. 65).

sorprender por una pregunta inusitada y que, en ese sentido, su «ignorancia» quedaría demostrada. Pero el saber del cual sus proposiciones dan testimonio no habría sido anulado, aunque su expresión se revelara parcial. Hay que imaginar a un Sócrates que necesite que los ciudadanos de Atenas puedan rumiar, que acepten no otorgarles autoridad a los lugares comunes que amueblan el pensamiento corriente, pero sin que por ello dejen de estar dispuestos a renegar de los aspectos de la existencia que sus proposiciones hacen que importe. Por el contrario, su rumia debiera activar ese sentido de la importancia, vincularla con un aspecto de la existencia, perteneciente a la existencia en sí misma, irreductible a lo que nos hemos acostumbrado a despachar a la relatividad de lo «subjetivo».

Whitehead se prohibirá usar la divergencia entre las respuestas para negar su valor. «La actitud filosófica es una tentativa de ensanchar el campo de aplicación de toda noción que haya entrado en el pensamiento corriente. El esfuerzo filosófico toma cada palabra y cada giro de la expresión verbal del pensamiento, y se pregunta: ¿qué es lo que esto significa?». ⁵ En *Modos de pensamiento*, Whitehead buscará activar las palabras sin cesar, resumiéndolas en situaciones que pertenezcan a la experiencia corriente de un modo tal que esa experiencia no permita definir las, sino que reciba el poder de engancharlas en una aventura «especulativa». Ahí no hay metáforas ni tampoco sentido literal: de lo que se trata es de dramatizar aquello que damos por sentado cuando decimos algo, el despliegue un poco vertiginoso de lo que presupone y afirma el enunciado más límpido y rutinario una vez que deja de ser reducido a «un» enunciado y es concebido como «ese» enunciado, siempre comprometido en «esa» situación y que responde a «ese» modo de compromiso en la situación.

«La filosofía comienza en el asombro (*wonder*). A término, cuando el pensamiento filosófico ha hecho lo mejor que pudo, el asombro permanece. Le habrá agregado, no obstante, una cierta comprensión [*grasp*] de la inmensidad de las cosas y cierta purificación de la emoción gracias a la comprensión». ⁶

⁵ MP, p. 189 (ingl., pp. 171-172).

⁶ MP, p. 186 (ingl., pp. 168-179).